

Jóvenes en la calle

las manifestaciones en Chile, México y Brasil

CONVERSACIÓN
DE *Claudia*
Mayorga **CON**
Rogelio Marcial **y**
Oscar Aguilera

En la última década hemos asistido, a menudo, la ocupación de las calles y espacios públicos por parte de los jóvenes estudiantes de Chile, México y Brasil. Son muchas y variadas las cuestiones, como la estatización de la educación superior, privatización de la educación pública (enseñanza primaria y secundaria) en Chile; sea por la bandera planteada por instituciones democráticas, mejores condiciones para educación en México y una variedad de pautas sobre derechos – transportes, libertad de expresión, vivienda popular - hemos asistido a miles de jóvenes y estudiantes que salen a las calles, ocupan edificios públicos y universidades.

En Brasil, hemos visto, en manifestaciones recientes, la reacción populista durante la Copa FIFA Confederaciones, en junio pasado. Multitudinarias manifestaciones populares toman las calles, con una participación mayoritaria y activa de los jóvenes. Las protes-



FOTO | Hate Flash

tas se iniciaron con el “Movimiento do passe libre”, sin embargo se extendieron durante los días siguientes y ganaron otras reivindicaciones. Salieron a las calles miles de jóvenes brasileños con pancartas “¡Queremos salud y educación padrón FIFA!” o “¡Un profesor vale más que Neymar!”, a lo que después se agregaron otras demandas sociales por el fin de la corrupción, por los derechos humanos y reforma política, tratando de interpelar y buscando interdecir lo que fue manipulado como el gran evento de identidad nacional brasileña, el Mundial de 2014.

Aunque gran parte de los medios han tratado de diferenciar los manifestantes de los vándalos, los hechos, una vez más, han puesto en agenda las cuestiones importantes: la relación de la juventud con la política, sus acciones practicadas de forma empírica, su relación con posibles proyectos de la sociedad que estarían siendo formulados y en disputa, la capacidad y legitimidad de la juventud al participar en la construcción de estos proyectos. Se han cuestionado acerca de la relación de los jóvenes con la educación, la familia, con las instituciones centrales de la sociedad.

A la vez, hemos seguido, en otras partes del mundo, la ocupación intensa de las calles con banderas y protestas, algunas veces, muy semejantes a las que vemos en Brasil. Movimientos como *Occupy Wall Street*, 15 M, Primavera Árabe son algunos ejemplos. En los países de América Latina, la efervescencia de las manifestaciones de jóvenes en las calles, las ocupaciones de edificios públicos también han tenido una fuerte represión policial y repercusión en los medios.

Para platicar sobre las experiencias contemporáneas de activismo juvenil en México, Chile y Brasil invitamos a dos investigadores que vienen dedicándose a los estudios de la juventud.

De Chile, invitamos al investigador **Oscar Aguilera Ruiz**, académico en la Universidad Católica del Maule. Doctor en Antropología por la Universidad Autónoma de Barcelona, Oscar Aguilera se ha dedicado de manera sistemática a la investigación sobre movimientos juveniles en Chile desde hace seis años aproximadamente y está vinculado al grupo de trabajo de Clacso “Juventud y Tácticas Políticas en América Latina”. Actualmente, a través de una beca de consolidación académica de Clacso (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales), viene trabajando para cerrar una investigación sobre el movimiento estudiantil en Chile entre el año 2006 y 2011. Desarrolla también una investigación apoyada por el organismo de Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología de Chile acerca del modo en que se construye la idea de juventud durante el Siglo XX.

De México, nuestro invitado es **Rogelio Marcial**, Profesor Investigador del Departamento de Estudios de la Comunicación Social, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara; en comisión en El Colegio de Jalisco. Doctor en Ciencias Sociales, lleva 20 años trabajando temas relacionados con las expresiones de la juventud y 4 años con temas sobre las expresiones culturales de la diversidad sexual. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Coordinador del Consejo Asesor del

Sistema Estatal de Juventud de Jalisco y Consejero en el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Jalisco. Pertenece al Consejo Iberoamericano de Investigadores en Juventud como Representante para México. Aprovecho también para presentarme como entrevistadora. Doctora en Psicología Social por la Universidad Complutense de Madrid, soy profesora e investigadora del Departamento de Psicología de la Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil. Coordino el Centro de Investigación *Conexões de Saberes* y en los últimos años he dedicado parte de mis trabajos al estudio de la participación política juvenil, con especial atención a la juventud negra y de la periferia. Recientemente, he participado de una investigación nacional que ha desarrollado con la participación de investigadores de cinco estados en Brasil y que ha culminado con la publicación del libro *Juventude e a experiênciã da política no contemporâneo* (2012). Entre sus publicaciones destacan *Desde la esquina se domina*, *Jóvenes y presencia colectiva*, *La banda rifa* y *Andamos como andamos porque somos como somos: culturas juveniles en Guadalajara*.

Para la conversación hemos elegido el tema de las manifestaciones juveniles con reflexiones sobre quiénes son estos jóvenes, cuáles son sus banderas, de qué manera se articulan y cual su relación con las instituciones políticas; sobre el concepto de juventud y política que puedan surgir en ese contexto efervescente y sobre cuál ha sido el papel del Estado, de los medios y de los propios jóvenes en esa redefinición. Platicamos también sobre el papel y la importancia de las ciencias humanas y sociales en ese contexto.

Claudia Mayorga: En los últimos años, los jóvenes de América Latina han ocupado las calles y espacios públicos con diversos reclamos. Con reivindicaciones por la democratización y la no privatización de la educación, la expansión del transporte público, la libertad de expresión, el rechazo a la corrupción en la política, y por muchas otras causas, la juventud está en la calle. ¿Cómo ustedes han percibido las movilizaciones juveniles en Chile y México?

Oscar Aguilera: Lo primero que yo podría señalar es que desde el mundo de las ciencias humanas y sociales y humanas, la pregunta por el vínculo entre juventud y política había prácticamente desaparecido de la agenda investigativa y reflexiva. Uno podría sostener en una tesis muy rápida que desde 1995 al 2005, en América Latina se produce una suerte de invisibilización de las prácticas políticas juveniles. Esta invisibilización, obviamente ocurre en un contexto de auge del neoliberalismo en América Latina y, de modo paralelo, se acompaña con un relato sobre la sociedad, que la va despolitizando progresivamente y eso toca básicamente a los jóvenes y al mundo juvenil. Pareciera que los jóvenes entre 1995 y 2005 no estaban preocupados de la sociedad y eso impactó en la propia forma de comprender a la juventud de quienes estaban realizando estudios sobre ella. De hecho se llegó a sostener que este período era como el '68, pero al revés; mientras 1968 marca el peak de compromiso político, de transformación social por parte de la juventud, el periodo entre mediados del '90 y mediados del 2000 constituiría su anverso: el mínimo compromiso político con la sociedad y con la transformación de las estructuras políticas y económicas. Eso me parece muy interesante porque en Chile se traduce, al igual que en otros países de América Latina, en una comprensión del mundo juvenil como distan-

ciado, apático con la política. Ese es el contexto con el que yo, desde mi trabajo más bien profesional, intento comenzar a contestar. Lo que yo observaba en mi trabajo cotidiano, era que los jóvenes, hombres y mujeres, estaban, de alguna manera constituyendo, reconstituyendo, un tejido asociativo fuertemente territorializado, ensayando formas de gestión y organización que no reprodujera modelos verticales o adulto-céntricos en un proceso que es muy lento y que va desarrollando en distintos ámbitos. Un primer ámbito es el de los propios movimientos estudiantiles. En Chile comienza a desarrollarse una suerte de ciclo de protesta social como yo lo denomino, de *movilización callejera*, a partir del año 2000 que lo que muestra es, básicamente, niveles de masividad ampliado, o sea, muchos jóvenes protestando en las calles. Es más bien episódico, muy acotado temporalmente, inicios del año escolar, básicamente marzo-abril y muy instrumentales, es decir con reivindicaciones y petitorios muy concretos; nada estructural. Ese proceso que se inicia al 2000 va impactando como un repertorio específico de protestas, va impactando en otros movimientos en donde los jóvenes también empiezan a participar. El movimiento de pobladores por ejemplo, que también desarrolla formas novedosas de movilización, y, particularmente, en todo un sindicalismo joven nucleado alrededor de los sub-contratados de las empresas mineras del cobre. Entonces, este actor juvenil que venía ensayando formas organizativas, formas de movilización, etc., se empieza a expresar de manera simultánea entre actores sociales distintos: el mundo del trabajo, el mundo sindical, el mundo estudiantil y el mundo de los pobladores. El que termina teniendo mayor visibilidad y que captura el sentido global de esto, fue el movimiento estudiantil, que es donde mayoritariamente se expresan como jóvenes estos sujetos.

Rogelio Marcial: Acá en México existen diversas manifestaciones juveniles centradas mayoritariamente en los temas de la democracia y la inclusividad. Pero también hay otros temas en los que los jóvenes mexicanos están muy activos, como la falta de lugares en el sistema público de educación media y superior, los intentos por privatizar este sistema, la corrupción asociada a la presencia de empresas multinacionales que no cuidan el ambiente y no otorgan derechos laborales a sus trabajadores (a través del *outsourcing*), la movilidad urbana, la falta de espacios para las manifestaciones juveniles, entre otros. Son movilizaciones fuertemente espontáneas y muy críticas al sistema, que suelen ser reprimidas por el Estado mexicano.

Claudia Mayorga: Las formas empíricas a través de las cuales los jóvenes hacen política en México, Chile, Brasil tienen elementos en común... [Utilizo aquí la expresión de Oscar Aguilera en su libro "Tan jóvenes, tan viejos: los movimientos juveniles en el Chile de hoy" (2003)] ¿Hay, en su opinión, alguna relación de las manifestaciones en México, Chile o Brasil con movimientos como Occupy Wall Street, 15M o la Primavera árabe? ¿Ustedes identifican aspectos específicos de la juventud latinoamericana en ese proceso?

Rogelio Marcial: Me parece que la conexión con estos fenómenos está relacionada con la imposición autoritaria de modelos neoliberales de desarrollo económico que necesitan, para funcionar, de medidas sociales y políticas impopulares por parte de los gobiernos locales. Aunque tales medidas impopulares pueden referirse a temas muy diversos según los contextos históricos, sociales y culturales de cada nación, la indignación de la población civil se manifiesta en las plazas y las calles ante la cerrazón de sistemas políticos anquilosados y an-

tidemocráticos en los que los partidos políticos, los sindicatos oficiales, la Iglesia católica como institución (en México) y otras instituciones no dan cabida a nuevas propuestas, a canales reales de debate, a la toma de decisiones que nos afectan a todos y a todas, y a la imputabilidad y castigo de quienes, desde estas instituciones, actúan afectando el bienestar social. Veo que las decisiones centrales se toman en los “lobbies” de la política formal de acuerdo a los lineamientos exigidos por los organismos mundiales (OCDE, FMI, BID, etc.) para permitir a las naciones ser evaluadas positivamente y mantener una relación perversa de financiamiento/endeudamiento que, finalmente, le cobrará las facturas a la población civil mediante la privatización de servicios, la falta de representatividad de todas las fuerzas sociales dentro de la política formal, la enajenación de bienes públicos, el alejamiento del Estado de sus compromisos inherentes a favor del bienestar social, el desarrollo integral de la población y la seguridad frente al crimen organizado, la inversión en salud pública, educación, arte y cultura, la generación de empleos dignos y con las prestaciones de seguridad social e, inclusive, la delegación de decisiones que afectan directamente a la soberanía de cada nación. Cada vez es más evidente que los espacios formales del gobierno para la toma de decisiones políticas (Congresos, Cámaras, Comisiones) son meros “teatros” en los que se “escenifican” procesos democráticos y representativos de todas las fuerzas sociales para legitimar decisiones tomadas de antemano por un número reducido de personajes políticos con intereses particulares, ligados muchas veces a los intereses provenientes de más allá de las fronteras nacionales, que se imponen como si fueran los intereses de la población en su conjunto. Dentro de todo este contexto, los jóvenes latinoamericanos actúan dentro de los márgenes en los que se les permite mover so pena de ser violetamente reprimidos si los transgreden; lo que sucede cada vez con mayor frecuencia. La historia de los movimientos juveniles en nuestro subcontinente, al menos de aquellos en los que la presencia de jóvenes es significativa (obreros, estudiantes, guerrillas, indígenas, grupos culturales alternativos, disidencias sexuales, etc.) contienen una herencia política radical que en ocasiones es retomada, reelaborada y puesta en práctica por parte de algunos colectivos y movimientos sociales.

Oscar Aguilera: Para entender la ola de movilizaciones globales que se vivió y que se ha venido experimentando desde el 2011, uno tendría que distinguir los planos globales estructurales que permiten comprenderlo y ahí, sin duda, lo que une a buena parte de todos estos procesos es ese contexto neoliberal y de tensión neoliberal de políticas que provocan tensiones entre formas culturales, formas de vida específicas localizadas, ya sea en el mundo occidental o en el mundo oriental. Hay una variable que tiene que ver con el modelo económico neoliberal. En segundo lugar hay cuestiones que tienen que ver con los regímenes políticos y yo aquí empiezo a encontrar más bien la especificidad generacional: no podemos perder de vista que en el conjunto de protestas lo que se pone en juego directamente desde las demandas juveniles es una profunda crítica a un modelo liberal representativo o monárquico liberal en el caso de los países de Oriente, en los cuales las posibilidades de participación, deliberación, toma de decisiones, están mediadas, están delegadas en un conjunto de sujetos llamados parlamentarios, llamado poder ejecutivo, en el cual la ciudadanía en términos amplios no tiene mayores niveles de incidencia salvo ir a votar cada cierto tiempo participando de elecciones. Ésta es una

crisis profundamente política antes que estructural. Lo específico estaría dado fundamentalmente con esta inconformidad con el modelo democrático liberal representativo que funciona en prácticamente todos los países a los cuales estamos haciendo referencia respecto a la ola de movilización del 2011. En ese contexto de profunda crítica, la segunda cuestión ya es mucho más específica, que uno lo podría traducir en términos de que hay una subjetividad política juvenil que precisamente se va alimentando y va entrando en contradicción con este orden y estos regímenes políticos; estamos hablando de una subjetividad política juvenil que tal vez no se traduzca o no este alimentada por algún programa fuerte en términos ideológicos, no hay una idea de izquierda en estos movimientos, no hay un proyecto revolucionario pre-constituido lo que si hay es un profundo sentimiento ético de indignación por la injusticia en la cual están experimentando las grandes mayorías de cada una de nuestras sociedades. Entonces, la vieja idea del reencantamiento con la política desde la ética vendría a ser ese segundo momento o ese segundo punto en común que tendrían buena parte de estas experiencias. Son dos ideas bien provisionarias y que forman parte de una discusión que en estos momentos estamos desarrollando junto con un grupo de investigadores de nueve países en un proyecto que se llama *Generación Indignada*, un análisis de las protestas globales del 2011.

Claudia Mayorga: Estoy de acuerdo con el análisis de ustedes, cuando relacionan las manifestaciones con la insatisfacción y crítica profunda al modelo neoliberal. Entiendo que en Brasil eso ocurre, pero hay una especificidad, porque hacen 10 años que tenemos gobiernos federales vinculados al Partido de los Trabajadores; partido con una histórica vinculación con una perspectiva popular y de izquierda y ha pautado temas sociales importantes. Sin embargo, hay una fuerte posición neoliberal que parece que constituye las democracias contemporáneas y Brasil es un ejemplo de ello. Un elemento usual en nuestros países, por ejemplo, se refiere a las formas como ese estado neoliberal se relaciona con los movimientos sociales. Las manifestaciones populares y juveniles han sido fuertemente reprimidas y criminalizadas por el estado. La relación directa entre la delincuencia, el vandalismo y la juventud, se ha incorporado con mucha fuerza. ¿Cómo los Estados mexicano y chileno y la sociedad en general se han posicionado o reaccionado a las manifestaciones y organizaciones juveniles? ¿Desde la perspectiva de la delincuencia, de la rebeldía, de la crítica? Rogelio argumenta algo a respecto en su libro “Andamos como andamos porque somos como somos” (2006)...

Rogelio Marcial: En México también. Efectivamente hemos documentado ya cómo el Estado mexicano ha ido construyendo y consolidando desde al menos 15 años claros procesos de criminalización de la disidencia social. Aquí sucede que las movilizaciones y protestas juveniles más radicales se “miran” y se “entienden”, es decir, se conciben desde tres procesos para mí muy claros y fuertemente perversos de control social hacia la juventud. Uno que tiene que ver con la criminalización del joven. En México desde el movimiento estudiantil de 1968 y su contemporáneo relacionado con la cultura del rock, con diferentes matices y con ritmos parecidos a una oleada (vienen y van, pero no desaparecen), se considera que si se es joven se es un criminal en potencia, un delincuente que en cualquier momento dañará la paz pública y la armonía social; por lo que hay que vigilarlo, controlarlo y castigarlo. Las “olas” más altas de este proceso fueron en aquellos años (1967-1975), durante

un periodo de crisis económica y de gobernabilidad (1985-1996), y durante la llegada de la extrema derecha al poder, representada por el Partido Acción Nacional (2000-2012). El segundo proceso tiene que ver con la criminalización de la pobreza, el cual desde la crisis económica de los años ochenta del siglo XX ha construido otra mirada de alerta hacia el pobre, el que carece de lo más elemental, porque puede “arriesgarlo todo” en cualquier momento. Por eso también hay que identificarlo para controlarlo y reprimirlo a través de la marcación de características corporales (raciales y de vestimenta) al estilo del *racial profile* en los Estados Unidos que funciona como un “agravante” y siembra sospecha en determinados sectores de la población. Si bien es cierto que lo racial afecta sólo a quienes provienen directamente de los grupos originarios de nuestra nación (diferente a los Estados Unidos en donde existe una mayor presencia de las llamadas “minorías étnicas”), se complementa con una mirada despectiva que incluso criminaliza a quienes con otras características raciales (mestizos) se presentan como pobres urbanos y rurales. Y finalmente está este proceso más contemporáneo de criminalización de la disidencia social, que tiene que ver con las medidas impuestas desde los Estados Unidos enmascaradas en una lucha en contra del “terrorismo internacional” que afecta su “soberanía” nacional y, por ello, justifica que la ataque más allá de sus fronteras nacionales. Bajo esta trampa, se han consolidado procesos que criminalizan a los movimientos sociales y a grupos guerrilleros como el *Ejército Zapatista de Liberación Nacional* (EZLN) que actúan de una forma fuertemente represiva y que imputa delitos como “daños a la nación”, “terrorismo”, “subversión”, “incitación a la guerra”, “sedición” a quienes expresan, desde sus derechos más elementales, su disidencia en espacios públicos y su posibilidad de reunirse y expresarse al respecto. Tales “delitos” en México son graves y muchas veces quienes participan en marchas y mítines son inculcados (además, con procesos judiciales llenos de trampas e irregularidades) pudiendo sufrir sentencias de encierro muy prolongadas y sin derecho a fianzas. Así las cosas, aquel joven de estratos empobrecidos que decide, con todo derecho, a manifestar su disidencia es un sujeto altamente “peligroso” y acreedor de la represión institucional más cruenta. Todo esto está “blindado” a partir de la participación significativa de los principales medios masivos de comunicación de nuestro país, sobre todo lo que acá llamamos el duopolio televisivo (Televisa y TV Azteca) pero también la prensa escrita, que participan, construyen, difunden y naturalizan los procesos de criminalización mencionados y las acciones represivas que toma el gobierno al respecto.

Oscar Aguilera: Lo primero es que en cualquier sociedad imagino que el Estado debe intentar cumplir el mismo papel: garantizar un orden relativo. Entonces, existen márgenes de tolerancia y de aceptación de la movilización política en términos generales y específicamente de la movilización juvenil. Sin embargo, ese margen de tolerancia esta cada vez más presionado por un conjunto de políticas ya directamente criminalizadoras. En Chile tenemos un proyecto de ley que fue ingresado por el ejecutivo a propósito de las movilizaciones juveniles del 2011 y la violencia que se desató en este contexto de movilizaciones juveniles, que tiene como propósito de ley, el precisamente garantizar el orden público. Y allí hay dos cuestiones que son fundamentales y que merecen una reflexión un poco más profunda. La primera de ellas es que este proyecto de ley incluyó inicialmente como delito la toma de establecimientos educacionales. Por lo tanto se penalizaba y se judicia-

lizaba el tomarse la escuela secundaria o la universidad, con el pretexto de que esos eran actos de violencia también. Muy vinculado con esto, se penalizaba el ocultar el rostro a través de algún tipo de *capucha*, es decir el acto de cubrirse el rostro en el marco de una manifestación, el acto de cubrirse el rostro en el marco de una toma, estaba tipificado como un delito específico; por lo tanto ese primer proyecto de ley contenía una reacción absolutamente represiva y criminalizadora con los movimientos juveniles y particularmente con el movimiento estudiantil, y, por otra parte, el proyecto de ley incluía, una penalización específica a todo aquel que insulte de modo verbal a la policía. Por lo tanto, es bastante evidente que este proyecto de ley que está discutiéndose en el parlamento, que ha sido bastante cuestionado, tiene un componente represivo y de limitación de las libertades de protesta y las libertades de asociación bastante fuerte. Si ese proyecto no ha seguido avanzando, no ha sido por la pura voluntad de los parlamentarios de derecha, sino que está ahí entrabado en el parlamento fundamentalmente porque el propio movimiento estudiantil y el conjunto de movimientos sociales se han movilizadado para intentar denunciar esta situación.

Claudia Mayorga: Qué fuerte. En Brasil pasa algo semejante. En algunas ciudades se están elaborando proyectos de ley para prohibir y criminalizar las manifestaciones. En Rio de Janeiro, por ejemplo, el Gobernador sancionó proyecto de ley que prohíbe la ocultación del rostro en manifestaciones y obliga que todo acto o manifestación sea informado a las autoridades policiales con antelación. Protestos contra esa decisión han ocurrido en todo Brasil...

Oscar Aguilera: A propósito de eso, entiendo que uno, como analista de lo social, no puede desconocer que en el contexto de las movilizaciones se desarrollan tácticas de violencia en distintos niveles: violencia simbólica, violencia material contra la propiedad privada y violencia que enfrenta directamente a sujetos entre sí, a manifestantes con la policía, etc., y en ese contexto, en general, el dispositivo mediático ha sido muy hábil para saturar de información sobre los hechos de violencia. Acá en Chile fue muy común que en el contexto de movilizaciones en las que participaban cien mil estudiantes en Santiago, la noticia no fueran los cien mil estudiantes marchando por Santiago de manera creativa, de manera alegre, lúdica, sino que fueran de esos cien mil, mil que se dedicaban a realizar ataques a la propiedad privada, a enfrentarse con la policía; es decir lo que hacía y realizaba el 1% se constituía en el 100% en términos simbólicos y esa fue una operación mediática absolutamente orquestada desde el sentido común, que exacerbó este tipo de situación. Y eso en un contexto en que todas nuestras sociedades están atravesadas por el tema de la inseguridad y este tipo de prácticas de violencia política entra también a reforzar paradójicamente un discurso y una idea dominante de control social.

Claudia Mayorga: En investigación reciente acerca de la relación entre juventud y política realizada por un grupo de investigadores de diferentes regiones en Brasil, hemos podido analizar la tensión que me parece central en ese debate entre la participación de la juventud en las instituciones de la política y la política de la vida cotidiana. La segunda, tomada como central en muchas organizaciones juveniles investigadas, parece indicar una preocupación de la juventud en intervenir en los procesos y dinámicas de reproducción de las desigualdades, violencias, etc. ¿Ustedes entienden que las formas de organización y cuestio-

namiento de la juventud en la actualidad son una especie de política de la vida cotidiana? ¿Los jóvenes están produciendo respuestas a los discursos socialmente hegemónicos?

Rogelio Marcial: Algo así. Me parece que las formas de organización colectiva y cuestionamiento social por parte de la juventud contemporánea abrevan de una política de la vida cotidiana los significados y las sensibilidades de aquello que consideran importante porque les afecta directamente. Se ven marcadamente desinteresados hacia la política formal (sistema de partidos) porque ya no creen en ella (en México no sólo los jóvenes dejaron de creer en ella), pero la política en su vida cotidiana les es muy importante. Lo pongo tal y como me lo dijo un joven punk de Guadalajara: “a mi realmente no me importa si nos gobierna el PRI, el PAN, el PRD o el que sea. Todos son iguales y, además, yo soy anarquista. A mí lo que me interesa es que ya no me estén deteniendo los policías en cada esquina, que no me den trabajo o no me permitan ingresar a ciertos lugares por mi apariencia, que no cerquen nuestro centro comunitario porque creen que somos delincuentes y distribuímos droga”. En su mayoría no suelen adscribirse a organizaciones civiles que defienden el medio ambiente o los derechos humanos (estilo Green Peace, Human Rights, Amnistía Internacional), pero son muy sensibles ante el deterioro ecológico de sus entornos o comunidades y ante las vejaciones a sus coetáneos por cuestiones raciales, sexuales, culturales. Tal vez prefieren no entender mucho de macroeconomía, pero saben que quienes dirigen este país algo están haciendo mal porque ellos y ellas no están bien materialmente hablando. O como me lo explicó un joven pandillero de un barrio muy pobre y violento de la ciudad: “Es que los gobernantes tiene que entender que sin *chamba* (empleo) no sólo no hay futuro, ni siquiera hay presente”. Es esa política de la vida cotidiana la que les permite posicionamientos ante lo que viven en sus comunidades, y las salidas alternativas a ello se encauzan a través de la disidencia pero en el ámbito cultural, “politizando” la cultura, o en el peor de los casos hacia la informalidad, la paralegalidad o la ilegalidad. Acá en México sí es posible detectar discursos contra-hegemónicos de cuestionamientos radicales y disidencias políticas en las expresiones identitarias y culturales de algunos jóvenes, específicamente de los y las que se manifiestan al respecto. Lo que sí es que estos discursos disidentes no se estructuran y se difunden por los canales institucionales en los que la sociedad espera encontrarlos (política formal). Hay que “buscarlos” y “descifrarlos” en prácticas como el consumo cultural, el grafiti, la música, las fiestas, sus identidades, expresiones y referentes culturales.

Oscar Aguilera: Sin duda que si hay algo que está caracterizando las políticas juveniles es su solido vínculo entre ética y política. La ética no opera en un plano abstracto ni se ubica institucionalmente; la ética se vive, se experimenta. Desde esa perspectiva uno puede comprender entonces porque muchas de las acciones se desarrollan fundamentalmente en ese nivel, intergrupal, grupal, intragrupal. No necesariamente en términos masivos o de estructura política, pero sí en términos de una suerte de sociabilidad compartida en un contexto de absoluta privatización y de convertir en un mercado específico a la educación, jóvenes desarrollan pre-universitarios populares en Chile, es decir, jóvenes estudiantes que tienen mayores capitales educativos, que pudieron hacer la universidad, desarrollan y acompañan a jóvenes que no tienen dinero para preparar su ingreso a la universidad y ellos los preparan. Es un fenómeno que sin duda tiene un contenido político fuerte: el

del hacerse cargo de una cuestión que debiera ser resorte estatal, que se hace mediante la autogestión juvenil, pero está fundamentado en términos éticos. No estamos dispuestos a esperar que el Estado se haga cargo de esto, lo hacemos nosotros. Uno ve que este tipo de prácticas auto gestionadas y fuertemente ética, se expresan en planos de lucha distintos: más o menos territorializados, lo importante de esto es comprender que esa diversificación de la forma expresiva de la política ya no están ancladas exclusivamente en el parlamento, en la estructura representativa, sino que se empiezan a experimentar cotidianamente en distintos planos. Hace cinco años atrás hubiera sido imposible que un dirigente estudiantil se presentara como candidato a alcalde para un municipio o que dirigentes estudiantiles decidieran participar en las próximas elecciones como candidatos a diputado y eso hoy día está ocurriendo. Hoy día tenemos a cinco importantes dirigentes estudiantiles universitarios del 2011 que son candidatos a diputados, tres de ellos con muchas posibilidades de salir electos, entonces, tenemos un arco de expresión política juvenil que va desde el trabajo de base, el trabajo más intergrupal, el trabajo de formación y de autoformación hasta niveles de incidencia en la política nacional a través de las estructuras representativas, ampliando la propia idea de política y la propia idea de posibilidad de otras realidades que contienen estas prácticas y estos discursos juveniles.

Claudia Mayorga: Al mismo tiempo que la política está en revisión y hay una fuerte crítica a las formas institucionales de pensarla y hacerla, las nociones de juventud están reconfigurándose. ¿Ustedes aceptan que estos eventos y todo el contexto contemporáneo, están produciendo una cierta idea de juventud? ¿Quiénes son los principales actores que han participado en esta construcción en Chile y en México? El estado, las ciencias sociales y humanas, los propios jóvenes...

Rogelio Marcial: Creo que esto se contesta con lo que mencioné sobre la criminalización de la juventud (pero en particular con la criminalización de la juventud disidente y empobrecida), cuyo proceso ha sido construido por el gobierno y los medios masivos de comunicación, y que es replicado por la sociedad en general a través de la creación de estigmas y etiquetas sociales hacia el joven en general, y hacia algunos estilos de vida juvenil en particular.

Oscar Aguilera: Hay una idea que yo sostengo de que la preocupación por la juventud ha pasado por distintos lugares institucionales de producción y que esos lugares están determinados fuertemente por el contexto socio-político que los habilita como lugares para producir conocimiento sobre juventud. En la década de los '80, el contexto de dictadura, donde no hay ciencias sociales desarrollándose de manera sistemática en las universidades, producto de la represión y de la censura, quienes ocuparon el lugar de productores del conocimiento sobre la juventud fueron precisamente organizaciones no gubernamentales donde el tipo de conocimiento que se produjo fue eminentemente cualitativo y orientado a, precisamente, pesquisar la rebeldía o la protesta juvenil en un contexto de dictadura. Con el fin de la dictadura y el vicio de la transición a la democracia, quien ocupó el lugar de productor de conocimiento sobre la juventud fue el Estado y específicamente fueron las políticas sociales del Estado y eso permite comprender también la particularidad de los discursos hegemónicos sobre juventud, porque cuando asume el primer gobierno de la transición democrática se hace un reconocimiento explícito a que existe una deuda social por pagar con los jóvenes. Jóvenes que se comprometieron

en la lucha contra la dictadura, que no pudieron continuar con sus proyectos vitales producto de el contexto de represión, de expulsión de las universidades, de no tener trabajo etc., y el Estado a través de sus políticas sociales, lo que hace es decidir si estos son jóvenes dañados psicosocialmente. Es como se les caracterizó: jóvenes con un daño psicosocial a los cuales nuestras políticas deben apuntar a reparar esos daños en la juventud, entonces, quien empieza a producir conocimiento sobre juventud va a ser básicamente el Estado a través de las políticas sociales y las políticas públicas. Allí se produce un desplazamiento metodológico también y es que el, al Estado, en términos generales para su diseño de política, no le sirve la información cualitativa de caso, sino que requiere información que tenga posibilidades de ser generalizable al conjunto de la población juvenil y allí es donde por ejemplo, nacen las encuestas nacionales de juventud. Chile es el único país de América Latina en el que de manera sistemática y durante aproximadamente 20 años o más, se han estado haciendo encuestas nacionales de juventud, entonces, esa particularidad es muy interesante. En paralelo se va produciendo un momento en que las ciencias sociales quedan atrapadas en un discurso que es más bien mediático en el sentido común respecto a las manifestaciones culturales de los jóvenes. Entonces, en un periodo muy corto, pero de manera muy intensa, se puso mucho énfasis en todas estas dimensiones espectaculares o culturas espectaculares que caracterizan a la juventud. Estamos hablando de estas culturas, de esta idea de tribu urbana que se instala mediáticamente muy fuertemente y en el cual la ciencias sociales también entraron a reproducir esa idea de juventud, y, con el añadido de que todo este período de joven dañado psicosocialmente, de joven tribu urbana, lo que contenía en el fondo era una suerte de *semantización de lo juvenil como imposibilidad política*. Lo que definía estas dos modalidades era precisamente que no podían o no querían vincularse, activarse, políticamente. Esto se empieza a romper recién a mediados del año 2000/2006, específicamente con la revuelta de los estudiantes secundarios, la “Rebelión de los Pingüinos” como le llame en algún momento, porque allí lo que ingresa en escena es básicamente una comunidad de investigadores en ciencias sociales y humanas que, en primer lugar, empiezan a preguntarse por el propio discurso que habían construido y ayudado a construir en la década pasada.

Claudia Mayorga: Sí, sí... vivimos una reconfiguración de la experiencia política juvenil con cuestionamientos acerca de la idea de política, de juventud... Y de hecho, todas las manifestaciones, esos fenómenos, ese contexto contemporáneo tienen implicaciones epistemológicas y metodológicas para el campo de estudio sobre la juventud. ¿Están de acuerdo? Y aprovecho para preguntarles ¿cuáles son las metodologías con las que han trabajado en sus investigaciones sobre los jóvenes estudiantes chilenos y los jóvenes *tapatíos*?

Rogelio Marcial: Completamente de acuerdo. Los marcos interpretativos sobre las juventudes contemporáneas deben repensarse y rediseñarse. Muchas de las prácticas y discursos juveniles obligan a pensarlas y analizarlas de acuerdo a miradas más amplias que estén abiertas a muchas cosas que no “esperamos” encontrar en campo. Yo lo he tratado de resolver a través de un esquema que considera de entrada que en la arena social se encuentran y enfrentan diversas identidades, y muchas veces estos encuentros no son armónicos. El tema del poder debe tener un papel central en el análisis porque la relación institucional

a la que se ve sometida la juventud es una relación jerárquica e impositiva. De allí, trato siempre de identificar los discursos públicos de estas identidades juveniles que suelen entablar un diálogo lo mínimo coherente con el discurso público de los agentes del gobierno y sus instituciones. Pero es necesario indagar sobre los discursos ocultos tanto de jóvenes como de representantes del gobierno para encontrar los puntos de choque entre ambos. Es allí donde están moviéndose las disidencias juveniles y es allí donde se trata de imponer una visión de control por parte del gobierno y los medios masivos de comunicación. Los sustentos teóricos que guían mi esquema provienen de autores como Norman Long, Olivier de Sardan, Michel Foucault, Anthony Giddens, James C. Scott, Jacques Rancière, Robert Lechner, entre otros más.

Oscar Aguilera: Sin duda que tiene implicancia metateórica, porque hemos trabajado con teoría. Lo que pasa es que el modo en que hemos usado o utilizado esas teorías no ha sido el más pertinente, y creo que el ejemplo mismo de definir que es una práctica política y que no lo es expresa precisamente esa vuelta, esa reflexión a las categorías y a las teorías con las cuales trabajamos y al modo en que las utilizamos. Sin lugar a dudas, lo que ha venido ocurriendo desde el 2006 en adelante, ha sido una revisión del propio arsenal de categorías teóricas con las cuales veníamos trabajando, volver a preguntarse por su uso y tratar de volver a utilizarla sin la reducción con que la utilizamos en algún momento. Es una primera consideración que tiene un impacto directo y es que, sin duda, y este es un plano ya más bien epistemológico, se recuperan y se les dota de capacidad reflexiva a los propios sujetos. Durante mucho tiempo lo que hicimos fue concebir al sujeto juvenil como una fuente de información y lo que ha venido ocurriendo durante el último tiempo con distintas experiencias en Chile y en América Latina es considerarlo un co-constructor del proceso, del conocimiento producido, en un sujeto político a fin de cuentas. Para conocerlo como un sujeto político que tiene capacidad de reflexionar sobre su entorno, las propias metodologías con las que venimos trabajando se van orientando hacia esos modelos más bien de investigación/acción participativa, incluso, que habían desaparecido de nuestros modos de hacer ciencia social o humanas entonces hay un componente metateórico que tiene una especificidad epistemológica y metodológica innegable, en todo este proceso. Ahora bien, esto no se produce de modo homogéneo, sin duda, uno tiene que reconocer no solo énfasis disciplinares en el que si bien se van produciendo síntesis y articulaciones tan interdisciplinarias que, hace diez años hubieran sido impensables. Hace diez años todavía existían sólidas murallas que separaban lo que es sociología, antropología y psicología por nombrar tres campos disciplinarios. Hoy en día esas murallas, en buena parte de quienes se dedican a estudiar juventud al menos y movimientos sociales, están muy debilitadas. Esos muros están muy debilitados, incluso a punto de caer en algunas situaciones, pero también lo que aparece es sin duda una nueva sensibilidad investigativa que asume precisamente que el producir conocimiento sobre juventud supone nuevamente un compromiso con la transformación de las condiciones mismas que viven los jóvenes no solo en términos de denuncia sino que en términos de acciones cotidianas de transformación. Y en ese contexto hay mucha experiencia de comunidades investigativas que desde el compromiso militante, incluso con movimientos juveniles, están produciendo conocimiento. En Chile tenemos experiencia, por ejemplo de participación en liceos y en escuelas autogestionadas, es decir que se empiezan a desarrollar a

partir del movimiento estudiantil del 2006. La universidad se empieza a abrir a la sociedad y empieza a salir de la universidad y a instalarse en la sociedad realizando actividades de extensión o de formación específica. Los propios movimientos sociales empiezan a desarrollar procesos específicos de formación en la cual espacios en los cuales algunos investigadores y académicos participamos también. Eso no se da de manera global en la comunidad investigativa. Hay una especificidad generacional, también en los propios investigadores más jóvenes.

Claudia Mayorga: En Brasil, en los últimos meses, esa multitud de jóvenes que ocupan las calles, universidades e instituciones políticas, explicitan causas muy heterogéneas que pienso es un poco de lo que ustedes hablan también. Hay cuestiones específicas de los jóvenes de suburbios, universitarios, los jóvenes feministas, gays, lesbianas, y muchas veces esas banderas son antagónicas. De hecho, tal diversidad es algo que se hace notar desde los años 2000, cuando presenciamos una convocatoria permanente a la sociedad civil para la construcción de una ciudadanía participativa y me parece que algo similar ocurre en Chile y México. Ustedes piensan que es posible identificar concepciones y proyectos de sociedad distintos en las manifestaciones y organizaciones juveniles actualmente y... sería posible identificar cuáles son esos proyectos?

Rogelio Marcial: También acá he encontrado que, ante demandas o banderas muy delimitadas a problemas concretos, muchas veces se antepone las visiones de unos y otros jóvenes. Existen en México jóvenes con visiones muy conservadoras aún, y me temo que estos son la mayoría. Algunas de sus demandas rondan los temas referidos a la educación, la ecología y la inseguridad pública. En menos ocasiones podemos verlos en las manifestaciones en torno a la movilidad urbana (sobre todo el uso seguro de bicicletas y la extensión del horario en que circula el transporte urbano) y al derecho a la cultura. Muy cercano a estas movilizaciones están algunas otras de estudiantes, sobre todo de la Universidad pública (Universidad de Guadalajara), que tienen el reconocimiento de la institución (porque entre los estudiantes existen varias organizaciones alternativas a la oficial). Estos jóvenes, con mayores ingresos, mayor escolaridad y mayor visibilidad social, suelen entrar en conflicto con otros jóvenes que se expresan y manifiestan a partir de temas como el matrimonio gay y el derecho a la diversidad sexual, la despenalización del aborto y del consumo de la marihuana, la laicidad de la educación pública y algunas expresiones culturales alternativas. Los *tapatíos* han construido una sociedad diferenciada, clasista, y con raigambre conservador. Muchos jóvenes proceden de esta tradición, aunque muchos otros (los menos) buscan romper con esa tradición y en ello suelen presentarse algunos conflictos.

Oscar Aguilera: Yo creo que la diversidad de proyectos (incluso de sociedad) en el mundo juvenil, existen. La pregunta habría que ubicarla más bien en cómo se expresan esos distintos proyectos de sociedad que tienen los colectivos juveniles existentes. Como se ponen en juego, con que otros proyectos entran en alianza o en contradicción para tratar de impulsar sus propias políticas y aquí hay una cuestión que a nosotros como investigadores nos debería ser un llamado de atención: siempre que hablamos del compromiso, de la política o de las prácticas políticas de los jóvenes, lo hacemos asumiendo que esas políticas son progresistas y lo que hacemos ahí es borrar a buena parte de la juventud que no desplie-

ga políticas progresistas. Aquí, nosotros tenemos un antecedente que es muy concreto. Cuando hace seis o siete años atrás se discutió la entrega de píldoras de anticoncepción de emergencia para personas que habían tenido sexo sin protección y que había riesgo de quedar embarazados y se discutió su entrega a nivel de sistema público de salud para jóvenes. Los principales grupos juveniles que se movilizaron fueron grupos juveniles conservadores que no estaban dispuestos a permitir que esta política liberal definiera el significado de la sexualidad. Y eso es un movimiento absolutamente poco estudiado y conocido. Estamos en Chile a pocos días de conmemorarse un nuevo aniversario de lo que conocemos como la masacre del seguro obrero. Fue un hecho político ocurrido en el año 1938 en que un grupo de más de 100 jóvenes nacional-socialistas chilenos se tomaron el edificio de la intendencia de Santiago y el gobierno ordenó desalojarlo a balazos. Murieron 63 jóvenes nacionales socialistas. Y eso fue el 5 de septiembre de 1938. Todos los 5 de septiembre de cada año, hasta el día de hoy, los jóvenes nacional-socialistas realizan una conmemoración, realizan una romería recordándonos así, casi directamente, que ellos también existen y que uno los ve en los mundos juveniles y ahí uno entiende porque hay guerras por ejemplo de baja intensidad entre grupos o culturas juveniles específicas como skinheads, punk, etc., y resulta que cuando estudiamos, estudiamos solo uno y no los otros. Esas dos situaciones son expresiones de que las comunidades investigativas muchas veces focalizamos o iluminamos solo un sector de la juventud, invisibilizando al otro, y lo que hay es que estos proyectos antagónicos se expresan en distintos lugares.

Claudia Mayorga: Sí, sí, estoy de acuerdo. Bueno, la posibilidad de reconocimiento y de voz del sujeto subalterno en sociedades con historias marcadas por el colonialismo, imperialismo, como son nuestras sociedades, Brasil, Chile México, ha sido problematizada por algunos autores de la actualidad y muchos han hecho tales crítica desde América Latina. Así, les pregunto ¿cómo las banderas manifestadas por los jóvenes chilenos y mexicanos han emergido en la esfera pública, es decir, cuales son las estrategias que han proyectado para que sus banderas, demandas y voces sean reconocidos? Hay una búsqueda por institucionalización, por ejemplo...

Rogelio Marcial: Tales banderas enarboladas por los jóvenes en México suelen desplegarse, como dije, en ámbitos y espacios sociales diferentes a los que la sociedad define como los “apropiados” para las manifestaciones juveniles. Suelen construirse y difundirse a partir de redes informales que construyen los propios jóvenes y, usualmente, tiene que ver con algún asunto o problemática muy concreta y específica. A partir de allí, aparecen sorpresivamente en la esfera pública en la medida en que los propios jóvenes se van dando cuenta de que sus puntos de vista, sus críticas y propuestas, deben tratar de “hacer eco”, socialmente hablando, para poder trascender la página de Facebook, el territorio del barrio o el espacio físico del colectivo. Las estrategias de posicionamiento buscan provocar la reflexión de la sociedad a través de prácticas lúdicas, festivas, gozosas, que lo que menos pretenden es presentarse como las protestas, mítines y marchas tradicionales. Esto porque en la sociedad mexicana hay muy poca tolerancia hacia las manifestaciones políticas en nuestras calles. Gracias a un trabajo de los medios masivos de comunicación, la sociedad mexicana en su mayoría está “enclaustrada” en su problemática cotidiana y

se le ha “entrenado” desde los medios, sobre todo la televisión, a ver como “haraganes” y “vándalos” a quienes salen a las calles a protestar. Por ello, muchas manifestaciones juveniles buscan formas novedosas de hacerse presente en la esfera pública y “conquistar” la solidaridad social. Por supuesto que en nuestro país existen los extremos radicales, a manera de “blanco” y “negro”, de movilizaciones que suelen articularse con la política formal desde sus inicios para “asegurar” ser escuchados, hasta el otro extremo de colectivos que se niegan enfáticamente a entablar un diálogo o relación con cualquier instancia del gobierno o partido político. Pero en su mayoría existe una amplia variedad de “grises” que se mueve entre el acercamiento y la autonomía hacia las instituciones de gobierno, según las problemáticas que enfrenta cada cual. He detectado que, sobre todo en el tema de la movilidad urbana y las agendas de eventos culturales, en la ciudad de Guadalajara se han involucrado activamente jóvenes que tienen estrechas relaciones, muchas veces familiares, con los representantes del gobierno; y gracias a ello han logrado negociar y sacar adelante algunas medidas en beneficio de la sociedad. Pero diría que algo que define a la inmensa mayoría de estas movilizaciones juveniles es su rechazo a la institucionalización.

Oscar Aguilera: Al analizar y experimentar el año 2006, el inicio mas publico de este ciclo de movilización juvenil, yo utilicé la noción de acontecimiento, que es una noción teórica de Michel de Certeau, el etnólogo francés historiador de la cultura y antropólogo. Cuando él hablaba de acontecimiento precisamente refería a esta toma de la palabra por parte de los sujetos que deja en evidencia la estructura simbólica de una sociedad, y lo que ocurrió en el 2006 es precisamente eso. Quienes se tomaran la palabra fueron estudiantes secundarios de 15, 16 años que incluso no son ciudadanos políticos, no tienen mayoría de edad. Y dejaron en evidencia, desvistieron al rey. En 2006 lo que hubo fue eso. Dejar en evidencia el modelo y el sistema y la sociedad en la que estábamos. Y quienes lo hicieron fueron precisamente los más subalternos de los subalternos. No fueron los estudiantes universitarios, fueron los secundarios. Y fueron secundarios de distintos lugares, no solo de colegios que acá llamamos emblemáticos, importantes, sino que fueron secundarios de colegios que nadie sabía si existían, entonces desde esa perspectiva, sin duda que ha habido una recuperación de la palabra por parte de los actores juveniles y específicamente de los actores estudiantiles del movimiento secundario. Y ese proceso se ha seguido desarrollando en el tiempo, con distintos ritmos, con distintas intensidades. El 2011 lo que viene es precisamente a coronar generacionalmente esta toma da la palabra, porque quienes participan en el 2011, son los del 2006 con cinco años más de experiencia política en el cuerpo; por lo tanto ya no solo desvisten al rey, lo dejan desnudo como fue el 2006, sino que ahora intentan construir un ropaje, es decir una forma de sociedad. Intentan elaborar un discurso sobre una mejor forma de sociedad que la que tenemos y ese es el proyecto y esa es la discusión hoy día es una discusión fundamentalmente que se lo que está jugando, es la posibilidad de construir hegemonía con respecto al tipo de sociedad que se quiere vivir, y ahí, efectivamente, los dirigentes estudiantiles y el movimiento estudiantil secundario y universitario son un actor gravitante tanto así, tanto así, que hoy día la discusión presidencial entre las candidatas y los candidatos a la presidencia de la republica, está teñida, está atravesada por si quien hace política es la calle y los movimientos sociales o son ellos, la clase política. Por lo tanto, la pregunta es no es

si el subalterno puede hablar. Me parece que hoy día estamos en la pregunta de cómo está conquistando hegemonía el subalterno. Hace cinco años era imposible plantear la idea de gratuidad de la educación. Hoy día no solo es posible plantearla, sino que hay un consenso a nivel de opinión pública respecto a que la educación gratuita y de calidad es necesaria para este país. Eso habla de los tránsitos, de la capacidad de articulación discursiva, de maduración del proyecto político que tienen los movimientos juveniles y el movimiento estudiantil que en seis, siete años ha logrado ampliar y correr los cercos de lo posible de maneras que no podríamos haber previsto. Ya no estamos discutiendo si se necesita o si no se necesita, ahora estamos discutiendo como implementarlo y eso marca una diferencia radical.

Claudia Mayorga: Y en la misma línea de esa reflexión, ¿qué piensan ustedes que revelan los eventos y organizaciones juveniles actuales acerca de las instituciones sociales centrales como las instituciones educativas, religiosas o políticas? Y, por otro lado, que hace a los jóvenes hacer lo que hacen, como Oscar ya ha preguntado?

Rogelio Marcial: A mi parecer, las instituciones más importantes (educativas, religiosas y políticas) se encuentran fuertemente desafiadas por parte de los jóvenes (pero no sólo por ellos y ellas). Las escuelas sirven hoy a muchos jóvenes sólo para ver a sus “cuates” (amigos). No les representa seguridad alguna para un ascenso social gracias a la obtención de matrículas y las pedagogías existentes les presentan una escuela sumamente aburrida y totalmente desvinculada con la realidad que ellos y ellas viven cotidianamente. A pesar de profesar creencias religiosas, muchos jóvenes suelen distanciarse de las iglesias y de sus representantes, no coinciden con sus valoraciones morales explícitas y se alejan cada vez más del recinto dedicado a los rituales sagrados. Los partidos políticos, los sindicatos y buena parte de las asociaciones civiles suelen imprimirles desconfianza y desinterés. Es claro un proceso de desinstitucionalización juvenil en muchas de las esferas de su vida cotidiana. Por imposición en lo referente a la oportunidad de inscribirse en la educación formal y acceder a empleos con contratos y prestaciones de ley. Y por elección en lo referente a las relaciones amorosas en cohabitación sin necesidad del matrimonio y en la participación de redes informales de apoyo y expresión cultural y política. Siendo justos, la gente en general se aleja cada vez más de muchas de estas instituciones sociales, pero son los jóvenes quienes hacen más claro este proceso en la coyuntura actual.

Oscar Aguilera: Hay varias consideraciones que habría que realizar sobre la situación de la relaciones de los jóvenes con las instituciones sociales. Hay un primer dato que es importante señalar que es que el movimiento por la educación, lo que ha dejado en evidencia, es, precisamente, el abandono por parte del Estado de una de sus funciones básicas, que es la de intentar asegurar una mejor calidad de vida para todos sus integrantes, para todos quienes componen y están al amparo de ese estado, todos los ciudadanos. Y esa crítica apunta directamente a la desigualdad, es decir, que en el país se manifiesta también frente al sistema del trabajo. No es casual que los que el movimiento de trabajadores y el movimiento sindical en donde exista mayor participación de los jóvenes, se haya desplegado en esa forma contemporánea del trabajo que es trabajo precario y el trabajo tercerizado; y ahí estamos hablando de dos instituciones básicas. Se está cuestionando el sentido del trabajo y el sentido de la educación. Hoy día en este modelo de sociedad, por lo tanto, hay

una profunda crítica al conjunto de instituciones sociales; hay cambios menos perceptibles, pero que son igualmente potentes: la institución social llamada familia que conocimos hasta hace algunos años atrás, está mostrando signos evidentes de modificación, no solo en términos de sus características o sea ya es muy difícil encontrar parejas casadas con hijos, con varios hijos, sino que además el sentido y el tipo de relación específica que se vive al interior de esas nuevas unidades familiares está cambiando; cuánto está cambiando es lo que habría que investigar, es decir, cuán distinta en términos cualitativos es esa familia de hoy en relación a la familia de ayer. Habría que averiguarlo, pero ahí hay tres instituciones sociales básicas que están en pleno proceso de cambio y no podría ser de otra manera. La sociedad no es nunca la misma, las sociedades se mueven también a partir de los sujetos que la componen y en ese contexto, las nuevas generaciones, los jóvenes de hoy en día, los jóvenes de mañana, van produciendo ciertos efectos en la organización social más amplia. Y ya se vivió en la educación, se está viviendo en el trabajo, se está experimentando en la familia, eso como una primera consideración respecto a que la sociedad se está cambiando sin duda. Ahora, estos cambios en qué medida van a ser procesados, incorporados por la sociedad en términos institucionales, es una duda. Son luchas socio-culturales que se están dando en este momento. Yo creo que va a ser muy decisivo lo que ocurra con la propuesta de educación gratuita que levantaron los estudiantes con reformas al sistema educativo. Si el próximo gobierno enfrenta esas reformas, las desarrolla, va a ser una señal muy fuerte para que en otros sectores sociales, en otras instituciones sociales las críticas que se vienen desarrollando también se produzcan.

Claudia Mayorga: Es muy vigente una posición acerca de la juventud como el sujeto del futuro, reforzada muchas veces por una idea de juventud como esa época de moratoria social o psicológica. Se habló mucho de eso en los estudios y tal perspectiva está muy presente en el campo de las políticas públicas, también. ¿Los jóvenes con los cuales han interactuado en sus estudios se han ocupado de este tema? ¿Esa es una cuestión para ellos?

Oscar Aguilera: Cada vez que alguien quiere enviar a la juventud al futuro sé que estoy en presencia de un poder adulto-céntrico. Porque al adulto no se le envía al futuro, solo al joven y a los niños se les envía al futuro, se les suspende todo en función de un futuro. Y lo que está ocurriendo hoy día es que muchos jóvenes se dan cuenta que el futuro es una construcción ideológica un poco perversa, que les impide vivir de mejor forma el presente, entonces muchos están en esta tensión de saber que lo que están haciendo es vital hoy, no para el futuro. Es vital hoy para ellos, ya han descubierto perdón, vida, han descubierto potencia vital hoy día y también se dan cuenta y asumen que mucha de esa potencia vital y esa capacidad del presente, de la transformación del presente, podría habilitar un futuro compartido no solo para ellos sino para otros sujetos que vienen tras sus pasos; pero lo principal a mi modo de ver es que la desconfianza por el futuro el no creer, el no *future* de los punks, está más vivo que nunca. Desde el punto de vista de los sujetos jóvenes, es un recurso ideológico derivar al futuro todo lo que por impotencia no podemos concretar en el presente y los jóvenes se rebelan profundamente contra esa idea. Y creo que lo que estamos asistiendo en Chile, y a nivel global, es una profunda rebelión ética frente a esa impotencia de concretar en el presente una mejor vida y una mejor sociedad para todos y todas.

Rogelio Marcial: Efectivamente ese es uno de los discursos que sustenta una relación tutelar hacia la juventud. Porque se encuentran en una “etapa transitoria” de la vida y porque deben “sembrar” para “cosechar” a futuro. En su calidad de “etapa”, todas las fases del desarrollo del individuo son transitorias (cualidad propia de las etapas). Si sólo es una moratoria social que cobrará sentido en el futuro, entonces se impone ese criterio de que el joven es incapaz de decidir sobre su presente. Y lo peor, realmente no es susceptible de derechos humanos, sociales y culturales hasta no llegar a la etapa adulta. De alguna forma esto preocupa a muchos colectivos juveniles en Guadalajara. No es que lo visualicen en estos términos. Pero sí lo expresan cuando argumentan que como jóvenes quieren vivir y experimentar su juventud de acuerdo a sus gustos culturales. Es una preocupación central en muchos de estos jóvenes que es ahora, en su juventud, cuando necesitan y quieren acceder a diferentes cuestiones y no hasta llegar a ser adultos y enfrentar compromisos de otra índole. Aunque en muchas políticas de gobierno se puede aún leer entre líneas esta concepción decimonónica de moratoria social y sujetos a futuro, para los jóvenes esto no es algo coherente con lo que viven.

Claudia Mayorga: Me parece claro que se están produciendo en América Latina perspectivas críticas muy interesantes en relación a todo lo que se relaciona con la juventud y la política y el trabajo de ustedes es un ejemplo de ello. Creo que los que nos interesamos por ese tema tenemos buenos problemas que han exigido reconfiguraciones del campo de estudios acerca de la juventud y la política lo que pone urgente, aparte de todo lo que hablamos, la reflexión sobre como producimos, comunicamos y tornamos público el conocimiento científico. Estamos en un momento muy rico. Muchas gracias a los dos!

Rogelio Marcial: Gracias a ti.

Oscar Aguilera: Gracias, Claudia.



Claudia Mayorga

Profesora e investigadora del Departamento de Psicología de la Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil



Rogelio Marcial

Profesor Investigador del Departamento de Estudios de la Comunicación Social, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara (México)



Oscar Aguilera

Académico en la Universidad Católica del Maule (Chile)